



Rutas a pie por tierras

DE ZAMORA

✦ Javier Sainz

Desde El Maderal a la laguna de Belliscas

Nos vamos ahora hacia los espacios abiertos del sur de la provincia, en este caso a los pertenecientes a La Tierra del Vino. Hay que llegar con el alma preparada, dispuesta a gozar de la sobria belleza que aquí se presenta, ajena a espectacularidades, pero sin duda auténtica y bien digna de ser apreciada.

A El Maderal se puede acudir, desde Zamora, por dos trayectos diferentes. Uno de ellos arranca de la general de Salamanca y también de la autovía, partiendo desde El Cubo con dirección a Villamor de los Escuderos. A unos cuatro kilómetros, en un empalme, sale un ramal a la izquierda que nos llevará al pueblo. El otro acceso viene desde Argujillo, a donde se llega por la carretera que, desde la capital, va a Fuentesauco.

Acudiendo por cualquiera de los dos lados sorprenderá el enclave sobre el que se asienta el pueblo. Éste ocupa la cabecera del valle formado por el río Talanda. Allí sus solares se construyen entre cuevas, divididos en dos depresiones que dejan entre ellas el cerro sobre el que se asienta la iglesia. Los suelos son húmedos y frescos, con lo cual existen algunos prados y medran frondosas choperas, transformando todo el entorno en un ameno vergel. El citado río Talanda es un curso fluvial modesto, afluente del Duero por su margen izquierda. Se forma en la propia localidad con la unión de dos arroyos, llamados del Caño y de Carrelcubo, los cuales discurren entre las mismas casas.

El itinerario que ahora vamos a seguir se aleja del casco urbano en dirección oeste y nos permitirá conocer algunos de los pinares que pueblan el término. Partiremos por el llamado camino de Cuelgamures. Como referencia, hemos de rodear la iglesia y continuar por la calle que es tangente a ella por su costado septentrional. El paseo viene a ser grato y ameno, bien cómodo al utilizar a lo largo de todo él las pistas trazadas en la concentración parcelaria. Por el contrario no existen barrancos ni desfiladeros pintorescos, ni tampoco cursos de agua rumorosos que deleiten con su frescura.

A poco de abandonar el casco urbano, hay que subir una rampa para coronar la cumbre de un cerro alargado. Después de avanzar un trecho veremos al pueblo abajo, bucólicamente amparado por cuevas protectoras y pujantes arboledas. Poco a poco el paisaje va ganando en amplitud, con valles por ambos lados, tras los que se suceden lomas re-

Hay que llegar con el alma preparada a esta parte de nuestra provincia, en la Tierra del Vino, dispuesta a gozar de la sobria belleza que aquí se presenta, ajena a espectacularidades, pero sin duda auténtica y bien digna de ser apreciada

dondeadas y vaguadas intermedias que se intuyen. Prácticamente todo el terreno está fraccionado en parcelas agrícolas, con algunas viñas entre ellas. El colorido, siempre intenso, preséntase variado y cambiante, diferente según la época del año en la que estemos. Dos tonos resultan perennes y dominantes. Uno es el rojo cárdeno de los barbechos y el otro el verde tan profundo de los pinares. No hay duda que la época más hermosa es la de la primavera, sobre todo el mes de mayo. Por entonces, a la gama esmeralda de los trigos se le unen la blanca floración de las jaras, el morado de los cantuesos y el relámpago amarillo de las escobas. En los diversos valdíos son esos tres los matorrales frecuentes.

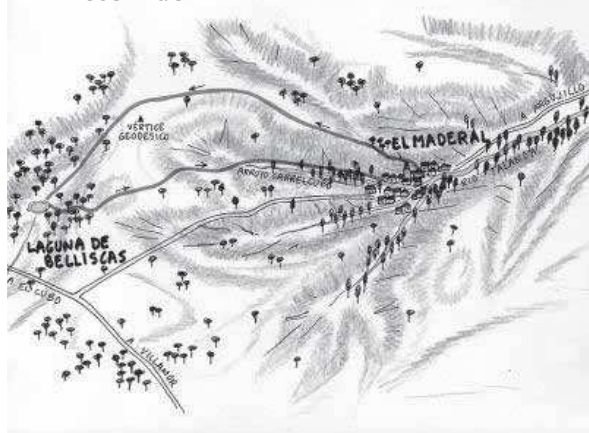
Volvemos a seguir de frente en cualquiera de los empalmes. Ahora, tras remontar un nuevo repecho, las panorámicas alcanzan la máxima grandeza. Hacia la derecha se divisa en un gran tramo el valle del Talanda. Por allí las perspectivas abarcan los términos de Cuelgamures, Fuentespreadas y El Piñero, aunque las propias localidades se oculten entre los repliegues orográficos. Como protagonistas rotundos, emergen los poderosos cerros de La Parva de Avedillo y El Monrue-

lo, elevándose como atalayas dominantes. Por detrás, a lo lejos, quedan la vega del Duero y las cercanías de Zamora, desvaídas por la bruma. Un poco más adelante, en la linde de una finca, se halla un viejo y tenaz árbol frutal, creemos que un manzano asilvestrado, de figura desafiante y tronco retorcido. A su vera pujan algunos de sus retoños.

La zona más elevada de toda la ruta queda marcada por un sólido vértice geodésico. Esta llamativa señal se sitúa a orillas de un cruce de caminos, de los cuales es el del medio el que hemos de elegir. Pronto se inicia el descenso y los pinares pasan a ocupar todos los espacios. Surge una larga pradera, arropada por la fronda arbórea. En su zona media se halla la laguna de Belliscas. Es un breve ojo acuático, de antiguo acondicionado como bebedero para los rebaños. No hay duda que en tiempos modernos se profundizó su cazo y con los materiales extraídos potenciaron el talud que hace de dique. Pero se ha llegado a la armonía, presentándose todo con formas de apariencia natural. Antes por aquí cruzaba una cañada ganadera, de uso mayormente local.

Los pinos que prosperan por estos parajes son de diversas especies. Los más son rodenos y creemos que también los hay carrascos, pero los que sobresalen son los piñoneros. Estos últimos descuellan por la mayor potencia de sus troncos y por esa copa redondeada, con forma de sombrilla, que los hace inconfundibles. La naturaleza muéstrase pujante en este rincón, convaleciente de un desastroso incendio. Quedan así troncos ennegrecidos y multitud de leña seca y abandonada. El atractivo máximo del lugar es la serenidad que se percibe, esa impresión de sentirse apartado de cualquier aglomeración, de cualquier obstáculo turbador. Si sopla el viento el único ruido que escuchamos es su rumor cuando agita las copas de

El recorrido



Arriba, vista de los pinares de El Maderal. Sobre estas líneas izquierda, laguna de Belliscas y a la derecha, iglesia de El Maderal

● Foto J. S.

los árboles y ello nótase como susurro delicado. Por contra, si el aire está quieto, el silencio produce en el alma un efecto balsámico que reconforta. Justo es añadir que hemos de gozar con calma del lugar. Además,

Rutas a pie por tierras DE ZAMORA



también el cuerpo necesita del descanso. Son unos tres kilómetros los que hemos recorrido y otros tantos nos quedan de retorno. Cualquier sombra, sobre el tapiz fino de la pradera, sirve de acomodo.

La hondonada desciende amena hacia el oeste. A no excesiva distancia cruza la carretera de El Cubo, aunque no se ve. Pero hacia ella no está el destino que deseamos. Desde las proximidades de la laguna parte una senda entre los pinos. Es por ese ramal por el

que iniciamos el regreso. Sube zigzagueando entre el bosque, a través de una zona espesa, más áspera tras el daño ocasionado por el fuego. Cuando salimos a terrenos despejados, a las fincas sembradas, continuaremos hacia el este por otra de las pistas de la concentración parcelaria. Allá, lejos a la izquierda, divisaremos el vértice geodésico antes señalado. De nuevo caminamos por la cumbre de un cuesto alargado, en dirección opuesta y paralela a la que trajimos al venir.

Descendemos suavemente al aproximarnos al pueblo, hasta llegar al fin a la base del vallejo. Las choperas se convierten en fieles compañeras, transformando estos espacios en lugares deleitosos.

Hay que observar el regato marcado por los fondos. En un principio lo veremos seco, pero tras quedar intermitentemente oculto en la espesura, de pronto aparece un hilillo de agua que hacia abajo va haciéndose más potente. Es éste el curso del arroyo Carrelcubo,

una de las fuentes del Talanda, según ya señalamos. La vegetación, beneficiada por la humedad, tórnase en fronda intrincada, casi impenetrable. Además de chopos, crecen por allí álamos de hojas plateadas y múltiples negrillos, todos jóvenes, pues se siguen secando con la grafiosis cuando alcanzan cierta envergadura. Los troncos muertos de esa especie imponen la decrepitud parcial que se percibe. Ciertos sauces, las mimbreras y algún espino majuelo son las leñosas que forman el sotobosque. Ya muy cerca de las casas, en terrenos que antes fueron de huertas despejadas, prospera un esbelto nogal, siempre admirable.

”

El itinerario que ahora vamos a seguir se aleja del casco urbano en dirección oeste y nos permitirá conocer algunos de los pinares que pueblan el término

Entramos ya en el pueblo por una calle angosta. Percibimos el apiñamiento urbano. Las viviendas antiguas que perduran, pocas ya, están construidas con piedra y rústico tapial. De ellas, una vemos en la calle Larga, con detalles ornamentales de interés. Otra, pasada ya la Plaza Mayor, muestra una desgastada cabeza pétreo por encima de su puerta. El patrimonio monumental del lugar sufrió un grave quebranto con el incendio que consumió todos los retablos de la iglesia. El templo en sí debió de construirse en el lugar de la antigua fortaleza. Por eso se asienta sobre solares escarpados. Su parte más antigua es la cabecera, de un último gótico. Desarrolla planta poligonal, reforzada con gruesos estribos es las esquinas. El resto del edificio es posterior y más modesto.

Cierto interés tiene también la historia local. Una tradición señala que aquí nació Francisco Maldonado, el comunero que, en Salamanca, encabezó la sublevación contra Carlos I. Junto a Padilla y Bravo fue uno de los tres ajusticiados en la plaza de Villalar tras la derrota del 23 de abril de 1521.

Ascendido a la mitología y nostalgia locales, el recuerdo del Tío Uco permanece vivo en la memoria de sus gentes. Fue un personaje real, cuyas hazañas le hicieron famoso. Cuentan que fue hombre fornido y valentón, pero a su vez de temperamento apacible, grato y ante todo muy inteligente. De su gran fuerza relatan que levantaba el carro por el extremo de su viga y lo erguía como si fuera el pendón de las procesiones. La proeza que más renombre le dio fue el expulsar a las autoridades y gentes de Argujillo que acudieron hasta el pago de La Vega con intención de poner mojones y anexionar esos espacios para su municipio. Cuando llegaron al lugar, el Tío Uco los estaba esperando y enarbolando un grueso varal alhuyentó a todos sin que nadie osara hacerle frente. De esa manera el paraje quedó definitivamente para El Maderal. Debido a ello se le ensalza como héroe invencible que se enfrenta y derrota a un enemigo superior, asumiendo la defensa de los intereses de toda la comunidad.

Finalmente, por si es preciso, hemos de saber que en el pueblo existen algunos comercios y bares. En ellos se pueden reponer fuerzas y la atención que nos dispensen será, como poco, exquisita.